

## CAMBIO DE GUARDIA

**Desnuda y sola ante el espejo: relato en primera persona de un maltrato***Naked and alone in front of the looking glass: a first-person account of abuse*

Òscar Miró

Era la siguiente paciente de una larga mañana, una mañana en que se estaban acumulado más pacientes en espera que los que ya de natural solía haber en urgencias a esas horas. Motivo de consulta: "Maltrato". Así, sin más. No había más detalles en su hoja asistencial. Pero no me hizo falta preguntar. Apenas hube entrado en el box, me espetó: –No aguanto más, doctor. Y allí empecé un relato largo, profundo, intenso, sentido, penetrante, en primera persona. Al finalizar el acto asistencial, me pidió por favor que difundiese su caso donde creyese oportuno. No le importaba. Es más, lo deseaba. Su esperanza era que su situación mejorase y no se repitiese. –A ver si alguien hace algo de una vez por todas. –Yo creo que sí, mujer, esto no puede seguir así siempre. Y hete aquí que me veo haciendo de relator, en primera persona, en nombre de esta paciente. Vamos a ver si soy capaz de transcribir lo tangible e intangible que afloró en esa visita tan particular. Y vamos a ver si algún oído con ganas de escuchar le pone solución de una vez por todas.

–La verdad, no sé ni la edad que tengo, doctor. Me siento con la edad suficiente como para considerarme madura. O al menos, igual de madura que el resto de mis compañeras, las que tienen una relación estable, de reconocimiento y respeto mutuo por parte de sus parejas. En cambio, el ninguneo, cuando no menosprecio, ha acompañado mi vida desde que tengo uso de razón. A veces pienso que yo tengo parte de culpa, por no haber sido capaz de vencer a ninguna pareja de mis capacidades, por no haber hecho valer mis cualidades y por seguir buscando calor en un mundo que percibo frío, aunque puede que simplemente no esté hecho para mí. Tendré mis defectos, no lo niego. Pero lo que peor me sienta es que me traten de inmadura. Llevo años siendo la que soy, me muestro sin dobleces, con mis virtudes y defectos. Tiendo a decir abiertamente lo que pienso, eso sí, y a veces molesta. Pero no pretendo un trato especial. Solo aspiro a recibir lo que a diario doy. Yo lo resumiría en dos palabras: respeto y reconocimiento.

En este punto, recuerdo un silencio largo, mutuo.

–Soy de mentalidad abierta, doctor. Me gusta compartir e interactuar, y me relaciono bien con todo el mundo. O al menos eso creo. Rehúyo el conflicto por

definición y siempre intento ofrecer mi cara más amable y lo mejor de mí. Aun así, no he sabido encontrar quien me aprecie por esas virtudes. Hasta tres veces me han dejado plantada en el altar. Como lo oye. ¿Increíble, verdad?

Supongo que percibió mi cara de asombro. Cambié de tema y le pregunté por su trabajo.

El trabajo no me asusta. De hecho, dada mi profesión, trabajo laborables y festivos. A veces hago la noche. En el entorno en el que me muevo, creo que he ayudado de forma notoria a mejorar el mundo que me rodea. A diario muchos acuden a mí en busca de consejo. Paradójicamente, algunos lo hacen tras no encontrar solución a sus problemas en sus respectivas parejas. Parejas que les dan reconocimiento, pero que a veces también fallan en otras dimensiones en este siempre difícil ámbito de la relación humana. ¿No le parece que tiene un punto de surrealismo, doctor? A mí sí.

Callé. No me pareció que en ese momento buscase respuesta sino mi complicidad. Moví ligeramente la cabeza, asintiendo.

–Mire, se lo reconozco abiertamente, la historia es siempre la misma, y en esto no hay distinción de género: me han maltratado hombres y mujeres. Antes de entablar una relación estable, me tratan con respeto, me reiteran su absoluta confianza en mis capacidades y en la necesidad de que mis expectativas se vean culminadas. Es tal la demostración de devoción que me muestran que, a pesar de las experiencias previas vividas, caigo una y otra vez en su trampa. Y una vez iniciada la relación, todo cambia. Primero empieza la indiferencia. Más adelante aparece el menosprecio, inicialmente en el ámbito privado, luego de forma abierta y pública, sin ningún miramiento. Y los golpes acaban llegando. Y llega un punto en el que ya no me sorprenden, casi los espero. A menudo acabo creyendo que los merezco por ser como soy.

Mi piel se erizó. No por repetido, deja de impresionarme cada vez que escucho esta vergonzante historia de nuestra humanidad.

–Es una constante que mis parejas, aquellas de las que espero complementariedad, sean de un nivel cultural alto. Das por hecho que con ellas se puede entrar en razón y crees, inocentemente, que es la razón la que

Filiación de los autores: Área de Urgencias, Hospital Clínic, Barcelona, España.

Contribución de los autores: El autor ha confirmado su autoría en el documento de responsabilidades del autor, acuerdo de publicación y cesión de derechos a EMERGENCIAS.

Autor para correspondencia: Òscar Miró. Área de Urgencias. Hospital Clínic. C/ Villarroel, 170. 08036 Barcelona, España.

Correo electrónico: omiro@clinic.cat

Información del artículo: Recibido: 23-6-2022. Aceptado: 23-6-2022. Online: 24-6-2022.

Editor responsable: Òscar Miró.

guía sus decisiones y relaciones. Pues no. Tienen un carácter débil y un pésimo autocontrol, lo cual les genera una gran incontinencia emocional y las lleva a actuar inconsistentemente o contra su mejor juicio, aunque conozcan lo que es correcto y lo que no lo es. En términos griegos, tengo estudios, doctor, creo que esto se llama *akrasia*.

No hacía falta que me lo hubiese puntualizado, pensé. Desde que entré en el box me di cuenta de que la paciente tenía un nivel cultural alto, estaba altamente preparada, a pesar de lo ruin de lo vivido.

–Usted me muestra empatía. La sociedad, globalmente, también. Pero se sorprendería de la cantidad de gente que aun muestra indiferencia, cuando no se alegra de mi situación, todavía a día de hoy. ¿Que no es posible? Se haría cruces. A sabiendas de la injusticia e inhumanidad de mi situación, les resulta cómoda para sus intereses y, en el mejor de los casos, miran a otro lado, cuando no la justifican con argumentos mezquinos. Ya les está bien que las cosas sigan como están. Unos, como yo, sufriendo, otros, como ellos, disfrutando de esta situación de *statu quo* de la que obtienen alguna pingüe prebenda. Un poco de racionalidad, de aquello que nos hace humanos, y un poco de asertividad, de aquello que tanto escasea en nuestra especie, les haría ver su error. Su gran error: no es posible maltratar y pretender ser querido.

Intenté reconducir la situación, ofrecer alguna perspectiva optimista y hasta empecé a esbozar un consejo, a sabiendas de que el discurso que estaba elaborando ya lo habría escuchado un sinfín de ocasiones. Me interrumpió antes de acabarlo.

–Mire, no se moleste, agradezco su interés. Entiendo lo que me dice. Que debo alejarme de estas relaciones malsanas y saber buscar la felicidad. Que hay vida más allá de lo que me ha tocado vivir hasta

ahora, y hay más bondad y comprensión de la que en estos momentos soy capaz de percibir. Que debo perseverar porque algún día tendré lo que realmente merezco. Pero sabe que le digo: ese día lo veo muy lejos. Han sido muchos golpes. Y usted ya sabe que los moratones que más duelen son los del alma.

Rompió a llorar. Aún sí, mantenía la compostura de una manera ejemplar, y sus lágrimas reflejaban más impotencia que desconsuelo.

–Lo siento, pero hoy me he derrumbado, y aquí me tiene, en este box de urgencias, llorando al verme maltratada de nuevo, doctor. Los últimos meses están siendo horribles. A veces siento que no es la mano del que me golpea la que lesiona mi piel y mi alma, sino la cultura atávica que le da cobijo. Golpes sufridos por unas, silenciados por muchos, conocidos por todos. Demasiado silencio. Una vergüenza.

Decidí no decir más, estaba claro que mi papel era escuchar. Me costaba no intervenir. De hecho, otrora escuchar era fundamental en la profesión médica y ahora es un valor que cotiza a la baja.

–Doctor, no quiero que dé mi nombre, pero difunda mi historia allá donde pueda. Yo por mí misma no puedo. Estoy tan avergonzada, que soy incapaz de salir a la luz. A veces no puedo apenas ni ver la luz. Puede usar mis iniciales, si quiere. Estoy convencida que al leerme muchos me reconocerán. Es un problema que ya son demasiados los que lo padecemos, por activa y por pasiva. Y que algún día, cuando el peso de la razón y el cargo de conciencia caigan con toda su intensidad, este problema va a desaparecer. Y tendré el respeto y reconocimiento que me merezco. En cualquier caso, le agradezco su tiempo.

Y sin más, sin esperar retorno, salió del box y se fue por donde había venido. Aquí queda, como convenimos, su firma: M.U.E.